

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): *Y mi Dios era mi fuerza.*

Salmo (39, 2 y 4ab.7-8a.8b-9.10) *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): *Gracia y paz de parte de Dios.*

Evangelio (Juan 1, 29-34): *Yo lo he visto y dado testimonio de Él.*

Ha acabado el tiempo litúrgico de la Navidad: tiempo mistagógico, catequético, pedagógico, intenso, vital. La Iglesia nos anima a “*volver a empezar otra vez*”. De nuevo el año litúrgico. Son demasiados los años que repetimos lo mismo. Parece que la rutina se come toda novedad. ¿De verdad es ilusionante releer el evangelio cuando ya lo hemos leído tantas veces? ¿De verdad es atractivo celebrar la Eucaristía con la misma gente, o probablemente con menos gente? El peso del cansancio recae sobre nuestras espaldas y quizá no tenemos mucho que argumentar.

Ante esta cruda realidad se multiplican las respuestas: “*El evangelio no es el mismo, porque el texto adquiere nueva luz con la vida del que lo lee*”, dice uno. “*La asamblea litúrgica cambia no solo porque haya otras personas, sino porque las circunstancias históricas y sociales cambian*”, dice otro. “*Una misma persona, aunque sea cristiano viejo, pasa por distintas etapas. ¿Por qué impedir la obra de Dios en el corazón de las personas, cuando Dios quiere?*”, añade un tercero. “*Alguien recuerda que no celebramos nuestras propuestas, expectativas o fracasos, sino que celebramos el misterio de Cristo*”. Unas y otras respuestas nos animan a ver la luz, pero seguimos diciendo: ¿y si nos atreviéramos a dar un giro a todo? ¿Sería posible? ¿Serviría para algo?

La historia de la Iglesia ha visto de todo a lo largo de los siglos. Si vamos más atrás, hasta el profeta Isaías, descubrimos que Dios hace un anuncio de salvación universal que se abre al futuro. Ningún proyecto humano culmina aquí. Ningún cambio radical, por honesto que sea, alcanza la promesa del Mesías. La fe cristiana no se encierra en fórmulas antiguas, no repite estrategias fracasadas, no insiste en argumentos torpes. La fe cristiana lee la historia y sigue anunciando que Dios quiere nuestra salvación y que Jesús es el Mesías esperado.

Los cristianos de hoy no podemos caer ni en el victimismo “*no nos quieren*”, ni en la rutina “*lo mismo que el año pasado*”, ni en la derrota “*no hay nada que hacer*”, ni en la desidia “*para qué esforzarnos si es todo igual*”. Los cristianos de hoy volvemos a comenzar como si el evangelio fuera totalmente nuevo. Con esa limpieza de corazón que nos hace sorprendernos por palabras, acciones, detalles, gestos... Los cristianos debemos “*abrir la cabeza y cambiar el corazón*”. ¿Cómo afrontar este nuevo año? Con la novedad que huye de lo caduco, desgastado y ajado. Con la radicalidad de quien no se conforma con medias tintas, con retales o parches. Con la fidelidad a Jesús y a su evangelio, que cumplen el plan de Dios.

Reconocer en Jesús al Hijo de Dios no es tarea fácil. El mismo Bautista nos confiesa que Él no lo conocía, y sólo lo reconoció, después de haber sido instruido, al ver posarse sobre Él al Espíritu Santo. ¡Qué ingenuos resultamos pensando que ya hemos encontrado al Mesías al sentirnos liberados de todo aquello que nos impide obrar según nuestro propio criterio! Rechazamos la instrucción y sustituimos la iluminación serena del Espíritu Santo por un sinfín de razones que nos seducen con sus deslumbrantes destellos. Jesús ya ha nacido y se ha manifestado con todo su poder y gloria, pero también se ha presentado como el siervo sufriente, como el colaborador fiel a la tarea que el Padre le ha confiado. Ahora tiene que empezar a realizar la obra en la que se cumple la voluntad de su Padre. Lo hará sin alardear de su condición divina y por ello nunca se impone contra la voluntad de los que rechazan su obra y sus enseñanzas.

La mayor dificultad para reconocer en Jesús al Mesías radica en la autosuficiencia de quienes ya se consideran suficientemente orientados para dar sentido a sus vidas. Han aprendido una norma de vida que dicen haber leído en el evangelio y apoyándose en el Jesús que les basta para tener su conciencia tranquila, ya no necesitan más conocimientos ni orientaciones sobre la vida y enseñanzas de Jesús. El mismo Jesús advirtió a los suyos antes de dejarles para marcharse definitivamente a su Padre que les enviaría al Espíritu Santo para que les iluminase en aquellas cuestiones que irían surgiendo en el futuro.

La misma figura de Jesús y sus enseñanzas sólo podremos calibrarlas con la ayuda del Espíritu, a quien hay que escuchar con atención para no equivocarnos cuando creamos haber encontrado al mesías en aquellos elementos cristianos que consideramos suficientes para vivir según nuestro criterio. La exigencia de Jesús, el Mesías verdadero al que apunta Juan, requiere un auténtico cambio de mentalidad, ya que si queremos seguirle tenemos que vivir la vida de Dios en la misma vida del hombre.

Este es Jesús, aquel que no destruye lo humano para vivir según el criterio de Dios. Al contrario, transforma, salva y cambia el sentido de todo cuanto asume. Basta creer en Él, aceptar su propuesta para cambiar el pecado en gracia, la carne en parte del cuerpo glorioso de Cristo, la muerte en Vida, e incluso lo temporal y caduco en un movimiento ascendente hacia lo eterno. Ese es el Jesús, cuyo estilo de vida se nos propone; si nos comportamos según su escala de valores transformamos el sentido de nuestras decisiones y vivimos la realidad humana como cauce de salvación.

Este es Jesús, el que anuncia Juan; el que quita el pecado del mundo y devuelve al hombre aquella condición gloriosa con el que le creó Dios. Nos interesa conocerle a la luz del Espíritu, que iluminó a los evangelistas y nos hablaron ampliamente de Él.